

“GÓMEZ ROJAS EN LA BUHARDILLA”

DE SELVA LIRICA¹

Por Julio Molina Nuñez²

Corrían los años 1915 y 1916. El poeta Juan Agustín Araya y yo laborábamos, a ratos, los estudios sobre los poetas que figuraban en nuestro libro de selección titulado “Selva Lírica”.

Al revés de los críticos de gabinete que prefieren no conocer personalmente al escritor y optan por condenarlo o endiosarlo sin haber leído nunca sus obras, los autores de aquel libro quisieron desterrar ese método de mala ley, mejor dicho de mala fé, y formaron un modesto hogar literario, un amplia buhardilla, bohemia abierta a los cuatro vientos del espíritu y a todos los artistas que desearan disfrutar sensaciones nuevas, reconfortantes y enaltecedoras.

Por aquel rincón bohemio – como lo llamó la hoy lejana poetisa Olga Azevedo, – desfilaron cual mas, cual menos, asiduamente, todos los muchachos talentosos que hoy persiguen un ideal de belleza entre nosotros. Por allí pasaron, derrochando sus versos, Jorge Hubner y Roberto Meza Fuentes, Angel Cruchaga y Juan Guzmán Cruchaga, Pedro Sienna y Juan Egaña, Alberto Valdivia Y Pablo de Rocna; las poetisas Olga Azevedo, Berta Quezada y Gabriela Mistral; el esgrimista de crítica literaria Armando Donoso; el dibujante de alegorías raras y extrañas Luis Meléndez; los pintores Fernando de Mesa, Carlos Machado y Barack, que colgaron sus telas y caricaturas en aquel bohemio rincón; los escultores Canut de Bon y Quinteros; los prosistas Shanty, Eusquiza Laing, González Vera, Acevedo Hernández, Martín Escovar, y otros poetas jóvenes como Manuel Rojas y Mariano Sarratea (muerto ya), Lautaro García, Armando Blim y una veintena más, sin olvidar a Alberto Moreno, ido también de nuestro lado, para siempre.

Toda una falange de muchachos preocupados de las cosas y novedades de arte, de la Quimera, de lo Imposible...

Allí se leían las últimas producciones, y bastaba una palabra o un gesto para aquilatar o consagrar el mérito de un filón de poesía, con absoluta prescindencia de la que, irónicamente, denominábamos “crítica social”

Pintores, dibujantes, poetas, todos artistas, a quienes Juan Agustín Araya y yo hacíamos los honores de la casa...

¹ Este documento fue extraído de *Idearium, Revista de letras, pedagogía y sociología* (Órgano del Centro de Pedagogía). Número 1, Año I. Santiago, Agosto de 1921. Págs. 12-15.

² Julio Molina Nuñez (1884-?) fue antologador de la revista “Selva Lírica”.

Y en medio de todos, Domingo Gómez Rojas, más individual y más característico que ninguno. Una especie de secretario encargado de mantener la conversación en nuestras heterogéneas reuniones intelecto-sentimentales.

Porque en realidad, este muchacho era uno de los más destacados de la comparse y ya se perfilaba en él todo un sembrador de ideas, todo un poeta definido y único.

Su charla atraía y sobrepujaba sin ningún esfuerzo.

Sus incursiones por los caminos y veneros del Arte no divisaban término.

Conversaba, mejor dicho disertaba, y los tonos cambiantes de sus frases acariciaban como bienhechora música espiritual.

Un día me llevó a conocer a don Julio Vicuña Cifuentes y de ahí surgió la semblanza que de este maestro tracé en el aludido Libro de los Poetas.

Otro día atrajo al calor de la flamante buharda al poeta ultra-bohemio, Manuel Rojas y al buenísimo González Vera que coadyuvaba a formar y determinar las efímeras revistas literarias (“Primerose”, “Luz y Sombra”, “Selva Lírica”) que en aquel centro artístico se concebían.

Gómez Rojas era un rebelde. Una ocasión se arrancó del lado de su madre y de su hermanito y se fue a pié a la Republica Argentina. Allá visitó al excéntrico y apostólico Mayor Astorga, de quien se mofaba por haberle visto, bajo insoportable canícula, sumergido en un baño de barro. También le llevó a tierra extraña el ansia de conocer a Leopoldo Lugones, a quien parodió en sus composiciones denominadas “Rebeldías Líricas” y singularmente en su “Poema Hereje”.

El y yo éramos los únicos que por entonces hablábamos de poesía acrática y de los escasos escritores que en Chile han cultivado ese género de poesía exótica.

De improvisto, en aquel corro se rumoreaba que en el último meeting obrero de la Alameda, Gómez Rojas había tronado contra la autoridad y la oligarquía. Los proletarios ya le conocían. De su improvisación roja emergían las primeras chispas que habían de arrojar nueva luz en la obscuridad de las masas.

Así, durante algún tiempo, fue poeta sinceramente acrático.

Sin embargo, no tardó en evolucionar, suprimiendo los avances estafalarios de sus ideas. También empezó a metodizar su vida y a estudiar intensamente el arte de lo bello, aparte de sus clases en el Instituto Pedagógico,

Apasionóse de la Gioconda, a quien hizo heroína de una especie de drama en prosa, bellamente lírico, pero irrepresentable.

Por fin evolucionó también hondamente como poeta. A “Domingo Gómez Rojas” no se le conocía ninguna “cosa nueva”. El mismo no solía hablar, en nuestro rincón, sino de sus aventuras nocherniegas, allá por los barrios suburbanos. Hasta que un día Gómez Rojas trajo al corro una sensacional noticia: el descubrimiento de un nuevo poeta, un muchacho de dieciocho años, ojos azules y rostro de perfiles helénicos. El “nuevo” se llamaba “Daniel Vásquez”, cuyos versos breves, originales, y emotivos, Gómez Rojas, como poseído de misteriosa misión, nos leía. Nadie escatimaba elogios, que él como portavoz y misionero del poeta desconocido, escuchaba alegremente. Cada día nos traía algún poema reciente de Daniel Vásquez, que llegó a ser nuestro hermano presente en espíritu y de cuerpo invisible. Aún más; nos llevó y clavó en la pared un retrato al carbón del poeta desconocido y de todos admirados por la emoción profunda de sus poemas.

Gómez Rojas hablaba de Vásquez con singular cariño y contándonos la facilidad con que escribía y la sencillez de sus costumbres, hacía enternecernos. No tenía sino madre, que era pobre y vivía del trabajo de sus manos. El niño poeta también trabajaba, pero un día cayó enfermo de tisis. Y el poeta desconocido dejó de trabajar y de escribir, porque hubieron de llevarlo a las alturas de San José de Maipo.

A poco más Gómez Rojas nos hubiera traído la noticia de la prematura y sensible muerte del querido Daniel Vásquez, a no mediar la malicia humana

Alguien observó que aquel retrato de carbón, clavado en la pared de la buharda, más que del natural parecía copia de un modelo de poeta griego. A todos empezó a hacer cosquillas fuerte sospecha. A cada paso Gómez Rojas, que ya había formado un libro por el manuscrito con los poemas de su amigo Daniel Vásquez, se veía asediado de insistentes preguntas. Uno, más impaciente le exigió perentoriamente le llevara a conocer al poeta enfermo. Entonces, el muy sabio, resistiéndose aun heroicamente, hubo de confesar la verdad: Daniel Vásquez era el mismo Domingo Gómez Rojas en persona.

Así terminó aquella curiosa humorada, entre explosiones de risas. Con ella quiso el poeta significar que abandonaba el verso físico, ruidoso y sonajero. Esta nueva tendencia, fui el primero en definirla en el estudio que a Daniel Vásquez dediqué en “Selva Lítica”

Leyéndole, Daniel Vásquez me expresó su deseo de que yo le prologara su libro de poemas. Eso, quedó “para después”.

Después...el rudo embate de la vida deshizo, destrozó aquel delicioso rincón, del que no queda sino bello recuerdo.

Todos, hasta los dueños de casa, nos dispersamos. Y a Gómez Rojas, como a tantos otros queridos poetas amigos, los perdí de vista.